

Llegaba todos los días con su bastón y su mochila de ruedas. La primera vez me chocó mucho, tuve que levantar la vista de *Las flores del mal* y no pude sino sorprenderme enormemente. Lo más peculiar de todo era su collar de cristales brillantes que, lejos de ser una buena imitación de los tan de moda Swarowski, colgaba de su cuello como si fuese un sambenito.

No es que estuviera muy entretenida con Baudelaire, pero aquella visión no hizo más que hacerme fijar en aquella mujer que mínimo había pasado ya los ochenta y que se paseaba por la biblioteca como un fantasma del pasado. Su anacrónica indumentaria, su tembleque de labios y la dulzura que irradiaban sus arrugas eran parte de un conjunto imperfecto pero adorable... No sé cuántas veces habré debatido sobre lo perfecto de la imperfección, pero ella era el puro argumento de las palabras que nunca encontraba.

Sacó de su mochila roja, blanca y negra un periódico y una lupa... Y con qué ternura deslizaba sus manos sobre el papel buscando los últimos resquicios de vida emocionante a la que ella podía asomarse: últimas noticias políticas, crisis por todos lados, algún que otro consejo (¿acertado?) sobre sexo y, ¿cómo no?, aquellas cartas de amor que tanto le gustaban. Quizá un día ella se atreviese a contar la suya pero, el mundo ajeno a sus pensamientos, iba a su velocidad.

Nunca me hubiese atrevido a acercarme si no fuese porque otro martes que tenía que pasar un par de horas muertas hasta mi siguiente clase, ella no se hubiese puesto a toser sin parar. Cosas de mi madre, pero en mi bolso nunca falta un caramelo, un zumo, pastillas y pañuelos, así que le tendí uno de menta (egoístamente son los que menos me gustan) y me dio las gracias con los ojos más transparentes que nunca he visto. Sí, sin duda alguna, ahí comenzó a contarme su historia.